

**PALABRAS FINALES DE D. AMBROSIO SOUTHEY,
ABAD GENERAL DE LA O.C.S.O.**

Como el Abad Primado, yo intentaré hablar en italiano. Pero es necesario que me disculpen si mi italiano es un poco torturado.

No era mi idea hacer una evaluación, sino decir algunas impresiones personales en relación con esta reunión. Me parece que una reunión de este tipo es, en primer lugar, una experiencia, es algo vital. No es posible comunicar a los demás una experiencia de algo tan personal, pero es posible por lo menos decir algunas palabras. Me parece que para mí, Abad General, es muy útil haber tenido esta oportunidad de ver, de hablar con los monjes y las monjas de los países latinoamericanos y también ver la diversidad de las interpretaciones de la Regla. Es útil para mí ver esto. Y fue muy edificante para mí tener esta experiencia de sinceridad, de caridad fraterna, de simpatía de todo el grupo. Yo tuve la impresión de que verdaderamente hubo una comunicación sin palabras de los valores monásticos, una comunicación en la cual fue posible sentir algo de la vida monástica.

En lo referente a la organización de la reunión, yo personalmente encuentro que hubo un número demasiado grande de participantes. A raíz de esto, no fue posible profundizar los temas. Y también creo que hubo demasiada cantidad de temas.

Si es posible decir alguna otra cosa de la organización, es acerca de la puntualidad. Ahora veo que existe una diferencia entre la hora española y la hora inglesa.

Y también, a mi parecer, no hubo bastante tiempo para reflexionar, rezar, etc., y además no hubo bastante silencio.

A propósito de los temas: nosotros hemos hablado mucho de escuchar la Palabra de Dios. Para mí, un modo de escuchar la Palabra de Dios es hacer la profesión según la Regla. Una vocación es un llamado de Dios, una palabra de Dios. Pero también la Iglesia ha hablado. La Iglesia ha dicho, en el Decreto *Perfectae Caritatis*, que cada instituto en la Iglesia debe conservar su carisma propio. También ésta es una Palabra de Dios para mí, por medio de la Iglesia. En este caso, mi profesión según la Regla fue según la interpretación cisterciense. No es la única interpretación posible. Hay muchas otras, legítimas. Pero para mí, la Palabra de Dios es seguir a Cristo según esta interpretación. Y yo pensé, cuando algún relator ha hecho una descripción de los valores monásticos, que no había quedado bastante subrayado el valor de la conversión. Para mí, un valor fundamental de la vida monástica es éste: la conversión. Conversión significa dos cosas: una negativa, apartarse del pecado y una cosa positiva, buscar a Dios. Y para buscar a Dios, es necesario seguir a Cristo en su obediencia, humildad, pobreza, castidad, en la comunidad fraterna, en un clima de soledad, silencio, etc. Para mí, éste es el carisma cisterciense. Me parece que hablar tanto de un carisma monástico es una ambigüedad, porque hay diversos carismas monásticos.

Quiero decir una palabra a propósito de dos puntos subrayados: la pobreza y también la aculturación.

En lo que se refiere a la cultura, me parece que es un proceso muy lento y es necesario esperar muchos años antes de ver algo concreto. Es necesario ser pacientes. Cuando nosotros hicimos una fundación en África, les preguntamos a dos africanos de la comunidad si consideraban necesario hacer cambios a causa de la cultura y los dos africanos contestaron: 'No, primero es necesario que nos enseñen los valores monásticos y luego nosotros les diremos qué cambios son necesarios para nuestra cultura.' No es posible hacer cambios o adaptaciones a la cultura antes de que los nativos comprendan los valores

monásticos. También el Decreto del Vaticano II 'Ad Gentes', dice que cuando una Orden contemplativa hace una fundación, es necesario que tenga en cuenta las tradiciones verdaderamente religiosas; no tiene necesidad de aceptar siempre todas las tradiciones de los nativos.

El otro punto es la pobreza. Me parece que, hablando de pobreza, no hemos hecho una distinción entre la pobreza evangélica y la pobreza económica. Algunas veces hay pobres económicamente que rechazan esta pobreza y sienten amargura contra los ricos, etc. Esto no es pobreza evangélica. La pobreza evangélica es una desapropiación y una aceptación de una vida simple, frugal, etc. No está contra los ricos. Si un pobre está contra un rico, está contra el Evangelio. Me parece que a veces nos olvidamos de este punto, de esta distinción. Pero, para mí, esto es útil para el futuro. Me parece que cuando se hagan fundaciones en el futuro, ellas deberán tener este punto de la pobreza verdaderamente delante de los ojos. Porque, por ejemplo, no es ubicado construir grandes edificios en América Latina o en África. Es necesario también encontrar un trabajo que sea adaptado a los países y también ser justos con los obreros, dándoles un salario adecuado, etc. Y también ser generosos con los pobres, ayudándolos materialmente.

Para mí, como lo he dicho, es verdaderamente útil tener esta oportunidad de experimentar las dificultades de la vida monástica en América Latina y también sus deseos y necesidades para el futuro.

Me parece que ya he dicho demasiadas cosas, pero quiero decir que estoy muy contento con esta invitación. No me es posible decir si la próxima vez estaré presente, pero ¡quizás!